

## *Las misceláneas españolas del siglo XVI y su entorno cultural*

Mercedes ALCALÁ GALÁN

Y porque yo no suelo turar mucho en una materia, porque esta desorden es la orden de mi libro, quiero agora pasar a otros propósitos en algunos capítulos.

Pedro Mexía, *Silva de varia lección*<sup>1</sup>.

Aunque yo no estoy obligado a guardar propósito ni orden en esta *silva*, y por esto como dije al principio le puse este nombre, antes escribo las cosas a caso como se me ofrecen o a mí me parece.

Pedro Mexía, *Silva de varia lección*<sup>2</sup>.

La palabra *miscelánea* no se refiere exclusivamente a un género literario sino que hace alusión a cualquier conjunto heterogéneo de cosas. Parece significativo que al aplicarse ese término a la literatura no pierda un ápice de su significado general. El diccionario da la entrada siguiente: «Obra o escrito en que se tratan muchas materias inconexas y mezcladas»<sup>3</sup>. En nuestro trabajo vamos a referirnos sobre todo a las tres grandes y arquetípicas misceláneas «culturales» del XVI: La *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540), el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada (1570)<sup>4</sup> y la *Miscelánea* de Luis Zapata (1595)<sup>5</sup> y tratare-

---

<sup>1</sup> Pedro Mexía: *Silva de varia lección*, ed. Antonio Castro (Madrid: Cátedra, 1989), I, pp. 16-17.

<sup>2</sup> Pedro Mexía, p. 61.

<sup>3</sup> *Diccionario Espasa-Calpe enciclopédico*.

<sup>4</sup> Antonio de Torquemada: *Jardín de flores curiosas*, ed. Giovanni Allegra (Madrid: Castalia, 1982).

<sup>5</sup> Luis Zapata de Chaves: *Varia Historia (Miscelánea)*, ed. Isidoro Montiel (Madrid: Ediciones Castilla, 1949). Según declara Isidoro Montiel en su introducción la obra fue compuesta entre 1591 y 1595 durante los últimos años de la vida del autor en su casa solariega de Llerena. El manuscrito inacabado de la *Miscelánea* no fue publicado hasta 1859 por Pascual de Gayangos en el tomo XI del *Memorial Histórico Español (Colección de documentos, opúsculos y antigüedades, que publica la Real Academia de la Historia)*.

mos algunos de los rasgos constitutivos de este género en relación con el ambiente cultural de la época<sup>6</sup>.

Al definir qué es una miscelánea renacentista tenemos que precisar los principios esenciales de un género literario, y el principio fundamental de esta clase de obras es la heterogeneidad —la variedad de materias y el uso llevado a extremos de la intertextualidad (fuentes, influencias, e incluso plagios de otros autores como característica aceptada de este género). Sin embargo, la impronta más característica del género misceláneo pasa por la organización del discurso, que en todos los casos atiende al principio ineludible de la variedad. La variedad constituye un rasgo estilístico netamente renacentista, y si, como hemos visto, afecta a la materia y a la selección de temas tratados, se hace mucho más patente en su disposición.

Los principios de heterogeneidad y de desorden organizativo se manifiestan no sólo en la disposición del discurso sino que desde el mismo título se expresa esta cualidad formal. El uso del tópico del jardín en el que crecen diversas flores como sinónimo de obra de carácter misceláneo indica la voluntad de amenidad y cierta libertad de composición que puede acercarse a un tipo específico de improvisación en la escritura. El jardín —silva, vergel o floresta— no funciona como metáfora lineal; denota más bien la idea de un espacio amplio y plural en el que es posible mirar en distintas direcciones encontrando siempre variedad y sorpresa.

Dentro de esta variedad «desorganizada» hay un principio selectivo que funciona como eje regulador de este tipo de literatura: se buscan materias que resulten curiosas y que interesen por su extrañeza, su carácter insólito o su fascinación permanente en la sociedad de la época. Las misceláneas conforman un género que podría llamarse *divulgativo* ya que tienen la función de informar y comentar realidades que posean un interés intrínseco para sus lectores. Esta misma idea se expresa clarísimamente en el prólogo de la *Silva* de Pedro Mexía:

Por lo qual yo, preciándome tanto de la lengua que aprendí de mis padres como de la que me mostraron preceptores, quise dar estas vigiliias a los

---

<sup>6</sup> Asunción Rallo: «Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista», en *Edad de Oro*, 3 (1984), pp. 159-160. Este trabajo es de sumo interés para una revisión del género misceláneo en su trascendencia cultural. En él se define el género de la siguiente manera:

«Durante los siglos XVI y XVII se desarrolla un género nuevo, propio del resurgir erudito del Renacimiento que hoy aproximadamente denominamos miscelánea. Constituido por un *conjunto de obras de gran diversidad de carácter*, se identifica precisamente en su *heterogeneidad* por conformarse como *sumas de variados temas*, apreciados por su *originalidad*, que significa o bien estar rescatados de la antigüedad o historia pasada, o bien recoger novedades, parangón del saber contemporáneo... Así, su finalidad básica está constituida por su *capacidad de asombrar y maravillar*. Casos extraordinarios, narraciones ejemplares, agudezas en forma de chiste se combinan con conocimientos científicos que van de experiencias físicas a teorías sobre el comportamiento natural de animales y hombres extraños.»

que no entienden los libros latinos, y ellos principalmente quiero que me agradezcan este trabajo, pues son los más y los que más necesidad y desseo suelen tener de saber estas cosas. Porque yo, cierto, *he procurado hablar de materias que no fuessen muy comunes ni anduviesen por el vulgo, o que ellas, de sí, fuessen grandes y provechosas, a lo menos a mi juyzio*<sup>7</sup>.

No se trata de prosa doctrinal o científica sino de obras concebidas desde fuera de la ficción pero que presentan un alto índice de literariedad. La amenidad es un fin en sí mismo al que se encaminan tanto la selección de la materia como su tratamiento<sup>8</sup>.

En este género se da una paradójica «frivolidad del conocimiento». Una vez satisfecha la sorpresa con la presentación de un tema se pasa a otro para seguir un ritmo impuesto por la demanda de una concentración alta de asuntos: «yo no quiero ahondar tanto que no pueda salir sino que solamente entendamos aunque sea superficialmente»<sup>9</sup>, escribirá Antonio de Torquemada en su *Jardín de flores curiosas*.

El valor de lo que se cuenta viene dado por su autenticidad, por su carácter de realidad. Esta idea de autenticidad se transmite mediante dos garantías: el principio de *auctoritas*, y en menor medida el empirismo que vale todavía bien poco en el XVI. Se observa un aumento paulatino del valor de la experiencia, pero la apelación a autoridades es todavía un prurito frecuente en la época. Así, verdaderos disparates poseen el prestigio de lo auténtico. Y este fenómeno, que a nosotros nos resulta por lo menos extravagante, tiene gran vigencia hasta muy avanzado el XVII. Como ejemplo no voy a citar algún caso de los numerosísimos que se encuentran en Mexía, Torquemada o Zapata, sino que yendo más lejos y, porque me parece que así demuestro esto mejor, voy a aludir al caso de un jesuita muy docto, Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658). En su *Curiosa filosofía* (1630), intenta divulgar diversas curiosidades y misterios apoyándose en un sólido aparato erudito. Su argumentación se sustenta en el principio de autoridad y, pertrechándose en autores ilustres como Aristóteles, Plinio, Eliano, Valerio Máximo, etc., Nieremberg declara barbaridades tales como que una mujer puede tener hijos de color si en el momento

---

<sup>7</sup> Pedro Mexía: «Prohemio» de la *Silva de varia lección*, pp. 163-164.

<sup>8</sup> Antonio Castro, p. 62, explica muy adecuadamente la relación entre el género de las misceláneas y el espíritu humanista del XVI (las cursivas son mías):

«... estas obras misceláneas están escritas en lengua vulgar y pretenden instruir y entretener a un mismo tiempo, contando cosas capaces de provocar la admiración y el interés en el lector u oyente, pero que son o se consideran verdaderas, difiriendo en esto de los libros fabulosos que, como las novelas de caballerías, fueron tan denostados por los humanistas. En realidad, la miscelánea vino a colmar una de las grandes aspiraciones del humanismo: lograr una literatura amena sin necesidad de inventar mundos y personajes fantásticos que adulterasen la verdad histórica.»

<sup>9</sup> Antonio de Torquemada, p. 218.

de la concepción mira el retrato de un etíope; que existen sirenas; que él sabe de una mujer que parió trescientos sesenta y cinco hijos vivos tan pequeños que los guardaban en un frutero; que conoce el caso de la existencia de dos siameses unidos por la cabeza y el tórax y que mientras uno era devoto y rezaba, el otro fornicaba incansablemente con toda suerte de rameras, etc.<sup>10</sup>. Por lo tanto, no debe extrañarnos que casi un siglo antes el principio de autoridad no sólo no se cuestionara sino que tuviera más valor para el lector que la experiencia y la demostración empírica de los hechos.

Porque lo que aquí escribo todo es tomado de muy grandes y aprobados autores, como el que corta planta de muy buenos árboles para su huerta o jardín<sup>11</sup>.

Es importante tener muy claro que en las misceláneas no se busca ni la elaboración intelectual de los temas expuestos ni la conciencia crítica. El énfasis se da más bien en la aportación de materias curiosas que se suceden acumulativamente, en el cambio de temas y en la variedad.

Al hablar de misceláneas como género hay que hacer algunas precisiones, ya que se tiende a uniformar el carácter cultural de estas obras; lo cual es cierto pero, dado que presentan un grado muy distinto de intención didáctica, resulta inexacto medirlas bajo los mismos parámetros de eficacia divulgativa. En cuanto a la finalidad de estas obras, sería artificioso distinguir entre *prodesse* y *delectare* como si de dos conceptos opuestos se tratara. Como hemos visto, el gusto por la acumulación casi compulsiva de materias curiosas, y la superficialidad con la que son expuestas, pueden interpretarse como síntomas del efecto que se procura conseguir en el lector: la admiración. Pese a que existe la idea preconcebida de que la curiosidad y la admiración son estímulos para llegar al conocimiento, en el caso de las misceláneas parece ocurrir todo lo contrario. El conocimiento es un instrumento, un medio para provocar la admiración, y la admiración constituye un fin en sí ya que el placer producido en el lector es la esencia misma del *delectare*. Por lo tanto, *prodesse* y *delectare* no funcionan como principios jerárquicamente equilibrados, sino que el valor didáctico se da en función de la intención recreativa de estas obras. ¿Hasta qué punto se trasluce una voluntad de conocimiento por parte de los lectores, y una voluntad de enseñanza por parte de los autores? Más bien parece que este género responde a una demanda determinada procedente de un nuevo grupo de lectores<sup>12</sup>. Sobre la gran difusión que tuvo la *Silva* de Mexía, Bataillon escribe: «Este libro mediocre [la *Silva* de Mexía] fue uno de los grandes éxitos de librería del siglo XVI, un verdadero éxito europeo<sup>13</sup>». Los datos que

<sup>10</sup> Juan Eusebio Nieremberg: *Curiosa filosofía* (Madrid: Imprenta Real de Madrid, 1644).

<sup>11</sup> Pedro Mexía, I, p. 8.

<sup>12</sup> Véase al respecto la introducción de Antonio Castro en su edición de la *Silva*.

<sup>13</sup> Marcel Bataillon: *Erasmus y España* (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1986).

sobre la andadura editorial de la *Silva* da Antonio Castro en el prólogo a su edición son extremadamente reveladores:

La primera obra de envergadura que publicó Mexía y una de las que, sin ningún género de duda, le proporcionó mayor popularidad, fue la *Silva de varia lección*, libro que alcanzó en algo más de un siglo la poco corriente cifra de 32 ediciones en castellano, por lo menos (29 completas y tres parciales), y 75 en lenguas extranjeras, como mínimo (30 italianas, 31 francesas, 5 inglesas, 5 holandesas y 4 alemanas). La suma de 107 ediciones seguras de la *Silva*, aunque probablemente fueron más, y el número tan crecido de traducciones que de ella se hicieron a las principales lenguas europeas, todo ello en poco más de 130 años, son datos que testimoniaban por sí mismos el gran éxito editorial y la favorable acogida popular que tuvo la *Silva* fuera y dentro de España...<sup>14</sup>.

La creación de la imprenta y la difusión del libro suponen el acceso repentino a la cultura para una gama mucho más amplia de lectores potenciales. La cultura se convierte así en un bien social al que se llega mediante la capacidad adquisitiva para comprar y consumir libros. El libro es un nuevo artículo que gracias a la imprenta posee otra utilidad que no tuvo hasta entonces: democratiza de forma sutil el papel prestigioso del intelectual y pone al alcance de muchos o la pertenencia a esta clase cultural o por lo menos un simulacro de erudición en mayor o menor grado. Por ello el tiempo, el esfuerzo y el número de lecturas para que la impronta cultural sea perceptible tienden a acelerarse. Las misceláneas ofrecen eficazmente un nada desdeñable barniz cultural en un espacio limitado —síntesis de otras lecturas menos accesibles para el lector poco adiestrado. Por ello se prefiere la variedad de materias, y siempre primará la cantidad de información frente a la profundidad de conocimiento. En todo esto, hay un fondo colectivo de demostrar lo que se sabe —como reflejo indirecto de lo que se es— y se produce así una cultura de consumo que funciona como un parámetro de prestigio social. No creo que sea injusto aludir a la frivolidad de este tipo de obras, y quede claro que la frivolidad en este caso no es una cualidad peyorativa sino más bien un reflejo de la madurez cínica de una época que empieza a consumir irreverentemente la cultura, a usarla y a traficar con ella sin ninguna prevención injustificada. La cultura se trivializa y se asimila a la vida cotidiana de gran parte de la población. Ya no es un mito ni una barrera de exclusividad. Marcel Bataillon escribe sobre las misceláneas algo que corrobora nuestra idea:

---

p. 637. Marcelino Menéndez y Pelayo, en *Orígenes de la novela* (Santander: Aldus, 1943), III, cap. 9, dice de la *Silva* de Mexía que:

«representaba de tal modo el nivel medio de la cultura de la época y ofrecía lectura tan sabrosa a toda casta de gentes, que apenas hubo libro más afortunado que él en sus días y hasta medio siglo después.»

<sup>14</sup> Antonio Castro, pp. 53-54.

En el siglo XVI... todo libro corría el riesgo de convertirse en miscelánea... les pareció que, consiéndolos en un todo, se podía elaborar con ellos una especie de traje de arlequín bastante agradable, que fuera al mismo tiempo un libro provechoso, haciendo que la variedad infinita de los fragmentos... permitiera alimentar el espíritu evitando la hartura<sup>15</sup>.

Por lo tanto, el auge del género de las misceláneas coincide con un cambio de edad que presenta entre otros síntomas significativos una revolución en cuanto a las prácticas de lectura. Este hecho no puede dejarse a un lado a la hora de investigar el interés y la demanda de un tipo tan específico de obras como éstas.

La revolución que supuso para las prácticas de lectura la invención de la imprenta coincide con otro factor estrechamente relacionado: la vitalidad creciente de una nueva burguesía extremadamente activa en la configuración de un nuevo estilo de vida y responsable en gran medida de los cambios que experimenta la vida cotidiana en la segunda mitad del siglo XVI. La mentalidad burguesa influye en las prácticas de lectura porque parte de una visión del mundo progresivamente individualista y racional. Quiero dejar claro que al hablar de burguesía no me refiero al concepto clásico de la palabra. Uso ese término para denominar a un amplio espectro de nuevos y potenciales lectores que incluían a la burguesía mercantil, los cortesanos, hidalgos, profesionales, bachilleres, licenciados y a toda una dinámica y cambiante clase urbana que se iba configurando más y más a medida que avanzaba el siglo XVI. La imprenta es un hecho revolucionario en la historia de la cultura, pero la producción masiva de libros requiere una demanda que no se basa ya en un idealismo que mitifica la letra impresa, sino en un deseo de acceder a todas las esferas de la vida en la medida de lo posible. Los libros están al alcance de muchos<sup>16</sup> —las clases más privilegiadas económicamente—, pero asumir el hecho de que cualquiera pueda ser lector y elegir libremente sus lecturas supone un enorme cambio en la percepción de la cultura escrita. Por supuesto el carácter casi mítico, iniciático y cerrado que tenía lo escrito termina precisamente en esta época que es un tiempo de transformaciones muy hondas en la historia de

---

<sup>15</sup> Marcel Bataillon, p. 637.

<sup>16</sup> La posibilidad de adquisición de libros se reducía principalmente a aquellos que sabían leer y podían pagarlos. Los libros eran objetos relativamente muy caros y virtualmente inútiles para las clases no profesionales (los que no eran escritores, humanistas, eruditos, letrados, etc.). Por lo tanto, para la mayoría de la población suponían un lujo que cubría la esfera del ocio y de la socialización de la cultura, pero la cultura escrita no tenía en realidad un papel fundamental en el desenvolvimiento de la vida cotidiana. Verdaderamente, cuando hablamos de la difusión masiva de la cultura nos referimos a un porcentaje todavía pequeño de la población, pues el nivel económico y el enorme índice de analfabetismo existente actuaban como filtros en el número total de posible lectores en el siglo XVI. Así pues, la literatura como elemento de ocio y de consumo era un lujo restringido a muy pocos y una necesidad recién creada en una sociedad cambiante y llena de contradicciones.

las mentalidades. La imprenta ha revolucionado los hábitos de vida de una burguesía que demanda la lectura como parte de sus necesidades. La lectura y la cultura son, en el siglo XVI, unas necesidades recién creadas. La literatura parece ir diluyendo su carácter didáctico y se va entregando a nuevas tendencias de evasión. Pero además, la imprenta posibilita la desacralización del libro, es una conquista del individualismo creciente. La lectura en voz baja, que se va generalizando paulatinamente con la proliferación del libro —con su nueva entidad de objeto personal—, es un logro de la libertad humana. El acto de leer se convierte en un diálogo implícito entre el libro y el lector, lo que inaugura un espacio íntimo al ser posible el acceso individual a un objeto de valor relativo, consumible, circulante y cuyo contenido es cada vez menos sublimado como esencia de lo inaccesible.

El individualismo ha hecho posible la creación de un sentido crítico a partir de la lectura que se ha convertido no sólo en una parcela de ocio sino también en una responsabilidad del individuo para consigo mismo, un pilar de su competencia cultural que depende de la voluntad y la propia elección del hombre de la edad moderna. La lectura es un culto y la cultura un credo que alimentan el individualismo y a la vez confluyen en la visión del mundo de una sociedad al mismo tiempo que la hacen más crítica y paradójicamente más homogénea<sup>17</sup>. La trivialización del libro, el consumo irreverente de lo imaginario, son los síntomas más significativos de que el mundo caminaba hacia adelante.

Se da una paradoja curiosa en todo esto: el proceso de trivialización de la cultura libresca nace alentado por la más pura filosofía renacentista y tiene su origen en un ideal serio y nada frívolo —la *urbanitas*. La *urbanitas* responde a un deseo de convivencia ciudadana, a la voluntad de compartir el saber, a la necesidad de comunicación, y de ella se deriva el uso de formas como el diálogo, la facecia, la epístola, y la mezcla de géneros<sup>18</sup>. Este ideal influye signi-

---

<sup>17</sup> La lectura no ha tenido siempre el mismo valor social, ni el mismo significado individual. Se ha recorrido un largo proceso desde su práctica considerada como un camino de formación intelectual o moral, hasta la época de *La silva curiosa* en la que comienza a ser un acto voluntario, gratuito, que se fundamenta en la necesidad de diversión. La lectura como ocio proporciona el regocijo y el deleite que acompañan a la búsqueda, mediante la ficción, de mundos imaginarios. El lector de literatura en el siglo XVI inicia una forma nueva de jugar con lo real y lo ficticio en el espacio íntimo de su propia lectura individual.

<sup>18</sup> Antonio Prieto, en *La prosa española del siglo XVI* (Madrid: Cátedra, 1986), pp. 220-221, escribe sobre el sentido profundamente renacentista de ofrecer una variedad de formas y materias:

«Desde la propia titulación de *Silva*, decididamente escogida por Mexía para su texto... las páginas que recuerdo en este capítulo responden abiertamente al valor ciudadano de alternancia y mezcla de argumentos propia del humanista, capaz de hablar de muy diversos temas con muy distintas personas en oposición a la incomunicación del especialista orientado en una sola dirección. Indica ello que, en el curso de variedad amena propuesto por el renacentista, Mexía tiene en su *Silva* conciencia plena de conjuntar un texto en función de servicio cultural, urbano, por lo que justamente proclama su novedad en las letras castellanas y se levantará como afortunado origen de un amplio cultivo.»

ficativamente en el deseo de divulgar de forma activa y eficaz contenidos culturales; de ahí el auge del género de las misceláneas y de la prosa de variedad humanística (prosa doctrinal y de tema científico o técnico) dirigida a un público más restringido. Pedro Mexía, en el proemio a su *Silva*, alude implícitamente a este concepto:

Aviendo gastado mucha parte de mi vida en leer y pasar muchos libros, y assí en varios estudios, parescióme que, si desto yo avía alcançado alguna erudición o noticia de cosas (que, cierto, es todo muy poco), *tenía obligación a lo comunicar y hazer participantes dello a mis naturales y vezinos, escribiendo yo alguna cosa que fuesse común y pública a todos*<sup>19</sup>.

Sin embargo, todos los principios se gastan y agotan, y acaban trivializándose cuando han cumplido eficazmente con su papel. La seriedad con la que se considera el mundo cultural, el afán sincero de compartirlo llevan a la contaminación de este principio y a su desgaste, produciendo resultados en sentido contrario. Así pues, en las misceláneas, de manera implícita se termina haciendo una propuesta sorprendente: no hay un ofrecimiento de cultura sino un ofrecimiento de apariencia de cultura. Este cambio cualitativo llegará a ser un agente desintegrador de los ideales de una época que en la segunda mitad del xvi se va vaciando de contenidos y anuncia un cambio de edad. En las misceláneas, la superficialidad con la que se tratan las materias «curiosas» ilustra esa trivialización del estímulo ideológico del que surgen este tipo de obras.

Sin apartarnos demasiado de esta idea —y en relación con este proceso de época que afecta a las misceláneas—, cabe precisar tres aspectos más que indican una evolución en la segunda mitad del xvi: 1) El índice de didactismo va diluyéndose paulatinamente, y el carácter recreativo y de evasión va reforzándose. 2) Cada vez hay un grado menor de justificación del tono de *divertimento* de estas obras; se da un curioso cambio en el concepto «utilidad»: termina siendo «útil» aquello que es simplemente grato. 3) En función de todo esto, el papel del autor va tomando más trascendencia, ya que éste adopta la responsabilidad de entretener y aparece con mayor relevancia en el discurso. Como importa cada vez más lo inmediato y humano, se va abandonando el tono grave e impersonal de la erudición en beneficio de anécdotas, chistes, relatos, experiencias personales, etc. —en definitiva, todo aquello que se parece a la conversación. Como ejemplo muy claro de esta evolución hacia la amenidad tenemos el caso de la *Silva curiosa* de Julián de Medrano (París, 1583). En efecto, en esta miscelánea literaria se plantea un texto que parte exclusivamente de los presupuestos de la variedad, la amenidad y la curiosidad. La *Silva*

<sup>19</sup> Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, «Prohemio».



*curiosa* reúne una apreciable colección de unidades literarias menores tales como refranes, cuentos, letras, motes, poemas pastoriles y villancicos. Además de esta recopilación basada en la paremiología y en pequeñas narraciones que pudieran ser contadas en el ámbito de conversaciones cortesananas la *Silva* nos ofrece un conjunto de digresiones del autor sobre diversos temas y sobre todo, nos sorprende con la parte final que se olvida del plan inicial del libro y emprende un rumbo inesperado: el autor nos presenta una nutrida colección de epitafios que sirven como pretexto para engarzar una serie de relatos de viajes en los que se busca obsesivamente lo extraordinario y curioso.

Esta miscelánea es una obra sumamente original con una notable estructura abierta y una concepción del texto ampliamente sustentada en la presencia del autor —como personaje, como narrador, como garantía de la veracidad de los contenidos y como responsable inmediato y objetivo de la diversión de los lectores:

I paresciéndome que la lectura de mis proverbios, reffranes y dichos, si fuesse más larga te podría ser enojosa, no pretiendo más alargarme en el discurso d'ellos. Y assí, dándoles fin, principaré ciertos versos pastoriles que yo e compuesto, los quales quise aquí escribirte solamente por la variedad. Considerando que assí como la diversidad de colores conforta y delecta la vista, assí la variedad de discursos y materias curiosas recrea maravillosamente el espíritu<sup>20</sup>.

Dejando de lado la *Silva curiosa* de Julián de Medrano, sería interesante terminar señalando la evolución —en el sentido de trivialización cultural y de intensificación del carácter de entretenimiento que hemos apuntado ya— de las tres grandes misceláneas culturales del XVI, que funcionan como paradigma de su género: la *Silva* de Mexía —que presenta un notable carácter enciclopédico y una enorme recolección de asuntos considerados dignos de conocerse; el *Jardín* de Torquemada —con una selección de temas más encaminados a lo curioso y a la experiencia, y cuya forma de expresión es, significativamente, el diálogo; y la *Miscelánea* de Zapata —redactada como testimonio autobiográfico desde el que nos habla de vivencias propias y de casos «comentables», centrándose sobre todo en lo contemporáneo y en el ámbito cortesano al que pertenecía.

---

<sup>20</sup> Cito el texto de mi edición de la *Silva curiosa*, Mercedes Alcalá Galán: *La silva curiosa de Julián de Medrano. Estudio y edición crítica* (Madrid: Universidad Complutense, en prensa), p. 323.

